



## EL VEINTITRÉS

**E**L día 23 de Febrero era domingo; el cuartel del 25.º regimiento estaba situado en la esquina que forman las calles de Zaragoza y Múzquiz. Ernesto Meade Fierro y yo teníamos nuestra casa habitación en el número 7 de la última calle, a un paso del cuartel citado, por cuyo motivo, entre otros de gran amistad, nos visitábamos mutua y frecuentemente el mayor Luis G. Garfias, el capitán primero Jacinto B. Treviño, el capitán Antonio Delgadillo, Aldo Baroni y nosotros.

La ansiedad de estos señores por salir de Saltillo en actitud bélica era enorme. Había entre ellos quien creyera que, no obstante haber salido un día antes los diputados a Monclova, y haber llegado ya, de acuerdo con el Sr. Carranza, y para los fines de la Revolución, el mayor Cesáreo Castro, con ciento veinticinco hombres de Torreón, D. Venustiano Carranza no se resolvería, o sería tarde nuestra salida de Saltillo, y fácilmente seríamos atrapados por fuerzas federales, que las había muy próximas. Ese mismo día se me ocurrió invitar a ellos y al grupo de nuestras amistades a comer en mi casa habitación, en unión de otros jefes y oficiales que había en la plaza, y que todos eran mis amigos. Así, nos sentamos en la mesa: Francisco Coss, Luis Gutiérrez, Andrés Saucedo, Luis

Garfias, Jacinto B. Treviño, Antonio Delgadillo, Aldo Baroni, Cayetano Ramos Cadelo, Rafael Saldaña Galván, Francisco Destenave y yo. Se comió poco, se bebió mucho y se habló demasiado; la mayoría dudaba de la actitud de D. Venustiano Carranza. Luis Gutiérrez, decía:

« — Vamos a *exigile* que hoy mismo marchemos a Monclova, mientras se resuelve otra cosa. »

Baroni opinaba por pedirle dinero de la Tesorería del Estado y marcharnos al Extranjero, entretanto se desarrollaran los acontecimientos y se observara la actitud del pueblo. Coss agregaba:

« — Nos iremos a la Sierra de Arteaga, y allí ni los galgos nos pescan. »

Por fin, después de mucho discutir, y siendo ya las tres de la tarde, se determinó entrevistar al señor Gobernador y preguntarle qué, en definitiva, se iba a hacer. Nos encaminamos en grupo a la calle de Hidalgo, y se nombró de entre todos a Luis G. Garfias, para que en representación de los demás se atreviera a hacer la pregunta al señor Gobernador, esperando nosotros la respuesta en la antesala de su casa habitación; pero apenas hubo entrado Luis G. Garfias al escritorio, cuando regresó, dejando entreabierta la puerta, diciéndonos con asombro:

« — No hay lugar a la pregunta, porque el Sr. Carranza se está vistiendo con su traje de campaña y le están ensillando sus caballos, y me ordena que todos nos pongamos en marcha. »

A la vez se dejaba asomar por la puerta entreabierta el Sr. Carranza, abrochándose su chaquetín gris, y diciéndonos:

« — En dos horas debemos estar todos a caballo y reunirnos en el Palacio del Gobierno. »

Aldo Baroni—el del dinero—, emocionado, decía al señor Carranza:

« — La verdad, ya dudábamos de usted y empezábamos a

perder la fe; le ruego me perdone; estamos a sus órdenes.»

A lo que contestó el futuro Primer Jefe:

« — Es que ustedes no me conocen. Ahora vamos a ver quiénes aguantan toda la campaña.»

Veinte días después de estas palabras, Garfias y Baroni estaban en San Antonio Texas, separados de la Revolución. Uno vendía su pluma y otro su espada al enemigo.

Luis Gutiérrez — el de «Vamos a *exigile*» — se reía satisfactoriamente, diciendo que no se esperaba otra cosa del Sr. Carranza. Coss — el de *la Sierra de Arteaga* — agregaba:

« — *Pos se los decía que los tiene en su lugar.* »

En la tarde, a las cinco, todos a caballo, nos congregábamos frente al Palacio de Gobierno de Saltillo, entre el delirio del pópulo que aplaudía y nos gritaba «vivas». Ahí, en el gran patio interior de Palacio, dictó las últimas disposiciones el Sr. Carranza; llamó al presidente municipal y a los ediles, al inspector general de Policía, al director de la Penitenciaría y a algunos otros funcionarios, que por el momento no vienen a mi memoria, recomendándoles a todos, y a cada uno en particular, los asuntos oficiales que competían a cada uno de los funcionarios. Extendió nombramiento de jefe político del Distrito del Centro al licenciado Jesús Acuña, y lo presentó como tal a las autoridades subalternas, encomendándole desempeñara sus funciones mientras le fuera posible, abandonando la plaza de Saltillo con los últimos soldados que quedarán ahí, al verse atacada por los federales. Expidió nombramiento en favor del mayor Cayetano Ramos Cadelo, como pagador general de las Fuerzas Restauradoras del orden constitucional, ordenándole, a la vez, que recibiera la existencia de dinero que hubiera en la Tesorería General, otorgando el recibo correspondiente, por valor de cuarenta y ocho mil pesos.

En esos momentos, y ya al salir del Palacio, se presenta, para incorporarse, el ferviente revolucionario doctor Ríos

Zertuche, y a poco andar otro ferviente, Rafael Saldaña Galván, y otro no menos revolucionario, y así sucesivamente, por todo lo largo del camino, las pequeñas filas revolucionarias iban engrosando con los voluntarios que se afiliaban sin cesar. El camino carretero forma paralelo con la línea férrea que viene de Piedras Negras, y como a las ocho de la noche nos sorprende el chillido de una locomotora que arrastraba al tren mixto ordinario, y entre las tenebrosidades de la noche vemos relampaguear las lucecillas de los garroteros y el torrente de luz del faro de la máquina. D. Venustiano da su primera orden militar; Miguel Acosta y Jacinto Treviño, con algunos soldados, asaltan y detienen el tren y lo hacen regresar a Ramos Arizpe, a disposición del pequeño ejército, para las primeras operaciones militares de la Revolución que empezaba. Fué éste el primer *avance*.

